

EL REFLEJO | Andrés Ortiz-Osés, filósofo

Ramón Acín y la cultura anarco

La exposición 'Ramón y Katia Acín: El arte contra la violencia', que puede verse en el IAACC Pablo Serrano, invita a una reflexión sobre la cultura libertaria

Visito la exposición del pintor y escultor, escritor y político aragonés Ramón Acín en el Museo Pablo Serrano. Allí se revive la atmósfera cultural de entreguerras del pasado siglo, estéticamente atravesado por figuras como Gargallo o Picasso, Buñuel o Sender, Tolstói o Lorca.

Se observa la influencia goyesca en sus negruras pictóricas y la crítica política radicaloide, pero también la luz y el colorido de la naturaleza y la vida en su escultura sutil. La alegoría del baile es el símbolo libertario de la libertad, cuya encarnación son las pajaritas de papel que intentan volar. En el cartel de su vieja exposición en el Rincón de Goya en Zaragoza, Acín ofreció el prototipo de artista que proyecta en sus obras: un profeta judeocristiano pero pagano o secularizado (con gorro de papel), que se ubica entre un símbolo de la cultura helena y otro del arte contemporáneo.

Observo la levitación de sus leves figuras escultóricas en cartulina o fina chapa de hierro o aluminio, entre las que destacan la 'Bailarina aérea' y la 'Bañista acuática', ambas ondulantes y flotantes, así como un Cristo crucificado en chapa de cobre que baila ensimismado y retorcido en la cruz, con su derecha hacia arriba y su izquierda hacia abajo, cubierto su rostro por los cabellos, como un 'Deus absconditus' (Dios escondido) que no quisiera ser visto o no quisiera ver el mundo inmundado...

El que quiera profundizar en es-

ta exposición puede acudir en la red a 'fundaciónacín', donde podrá estudiar otras dos figuras repetidas, pero estilizadas exquisitamente: el Crucificado y la Bailarina, cuyo interés radica en su contraste real y su parecido formal. Ya el crítico portugués Sá Pereira destacó estas dos 'figurinhas', como las denomina, en un comentario lúcido en 'Ilustração' de 1931.

Mientras que la Bailarina eleva toda su figura hacia arriba vitalmente, el Cristo se desploma hacia abajo mortalmente: es el diálogo entre la vida y la muerte, la ascensión y la descensión, el cielo y los inferos. Lo curioso es que ambas figuras, en principio tan opuestas, apuestan por una misma puesta en escena evanescente, desmaterializada y espiritual. Así, se da un acercamiento simbólico entre la bailarina y el Cristo, que comparece suspendido en el aire como la danzarina, dejando en suspenso la divinidad tradicional ahuecada aquí por una nueva humanidad lírica. Hay que resaltar la gracilidad cuasi femenina del Cristo, el cual porta largos cabellos y un faldellín.

No hay aquí ninguna blasfemia: nuestro autor era anticlerical pero no antirreligioso, al igual que tantos otros modernos que entendían la figura del artista como una mezcla de sacerdote y bailarina, de sagrado y profano. El propio Acín, que denostaba la mediocridad del que se sitúa en el punto medio estático, se autodefinía como amador y odiador de todo, dia-

lécticamente. Ello lo emparenta con su colega anarco-mística Simone Weil, también crítica del punto medio neutro o neutralizado, indiferente, cuando coafirmaba la presencia dinámica y simultánea de los contrarios, ser nada y ser todo, ser todo verdad y nada verdad, dialécticamente. He aquí juntos en el Aragón de nuestra guerra (in)civil el anarquista artista y la anarquista filósofa, ambos libertarios pero no violentos o terroristas. Como afirmó nuestro autor en vísperas de tiempos turbulentos: «Nadie puede condenar y ejecutar a otro ni en nombre de la ley ni en nombre de nada».

Hay un anarquismo negro o violento y un anarquismo blanco o blando, anarcoidal. La anarquía se pervierte en negra cuando se convierte en un 'ismo' extremista; pero resulta blanca cuando se afirma en un 'istmo' abierto. En nuestro caso, Ramón Acín detenta un 'anarquismo' abierto inmanentemente al otro, mientras que Weil detenta un 'anarquismo' abierto trascendentemente al Otro (Dios). La filósofa francesa defiende una anarquía como Dios manda (en el Evangelio), o sea, sin el antiguo

«En el cartel de su exposición del Rincón de Goya, Acín ofreció la imagen de un profeta judeocristiano pero pagano»

Dios depótico y sin los viejos amos prepotentes, sosteniendo así una especie de teología negativa de toda dominación sea divina o humana, de la Iglesia o del Estado.

Pues bien, ha sido el también anarcoidal Fernando Arrabal quien ha criticado nuestro anarquismo tradicional. Invitado por la CNT de Barcelona a perorar sobre anarcosindicalismo, nuestro dramaturgo añadió al lema clásico 'Ni Dios ni amo' la coletilla subversiva 'ni CNT'. Arrabal acabó predicando a los anarquistas, consternados, sobre la Virgen María y la mística española, declarándose anarquista a lo divino, cuyo reino no es de este mundo. Nos las habemos de nuevo con un anarquista cultural o espiritual, surreal o surrealista.

En este contexto final cobra renovado interés el Cristo pacífico de Ramón Acín, que baila en la cruz la muerte al modo de una bailarina, deletéreamente, como anunciando la resurrección a modo de insurrección simbólica. El Crucificado de nuestro autor es un Cristo vacío o vaciado de su vieja prepotencia divina, en nombre de su encarnación humana, humanista y humanitaria. Radicalizando al Cristo unanímico de Velázquez, este Cristo ramoniano queda plenamente oculto bajo el velo de su larga cabellera, pues es el Dios oculto o ausente de nuestra (pos)modernidad, el Dios 'rajado' que asume el sinsentido cerrado de este mundo, y lo revierte en sentido simbólico y abierto.

Como colofón, podemos constatar la revisión lúdica y pacifista que del mito del héroe y del dragón realiza Ramón Acín en su entorno. En efecto, en una vieja fotografía puede verse junto a su amigo Manuel Lloréns, el cual alancea antiheroicamente con una vara sin punta al dragón, que resulta ser una pacífica pajarita de papel.